

Las viejas y las palabras

Kate Averis

Docente de Literatura de la Facultad de Comunicaciones y Filología, investigadora de la escritura contemporánea de mujeres, katherine.averis@udea.edu.co

¹ José Manuel Arango, "Pensamientos de un viejo", *Revista Universidad de Antioquia*, 318 (2014): 16-17.

² Joy Charnley, "Introduction: The Representation of Age in European Literatures", *Forum for Modern Language Studies*, 47, 2 (2011): 121-25. "Not for nothing is the term 'old woman' as insulting as it ever was".

³ Susan Sontag, "The Double Standard of Aging", *Saturday Review of The Society*, (1972, 23 de septiembre): 29-38.

⁴ Fernando González, *Pensamientos de un viejo* (Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit/Fundación Otraparte, 2007).

Se publicó en el número 318 de esta revista el poema "Pensamientos de un viejo"¹, inspirado en el libro del mismo título del autor antioqueño, Fernando González. La publicación de un texto comparable dedicado a los "pensamientos de una vieja" resulta prácticamente inconcebible. En parte, por la ambigüedad con que se aplica el término "vieja" en algunas regiones de Colombia donde se utiliza coloquialmente para referirse a una mujer joven, volviendo el título de nuestra publicación hipotética semánticamente ambiguo. Por otra parte, resulta inconcebible por el tabú social y cultural que imposibilita el uso del término "vieja" en sentido literal sin que se entienda como un insulto o una ofensa debido a la perseverancia de los clichés, estereotipos y prejuicios sobre la vejez femenina. "No por nada sigue siendo tan insultante la frase "mujer vieja", observa Joy Charnley². Pensadores de la vejez nos urgen a cuestionarnos por qué nos parece denigrante llamar "vieja" a una persona en la tercera o cuarta edad, y por qué reservamos este término para usos coloquiales, irónicos o simplemente despectivos.

El mismo lenguaje refleja los prejuicios y estereotipos sobre la vejez femenina que circulan en la sociedad: preferimos recurrir a eufemismos tales como "madura", "mayor", "veterana", "senior" y hasta "muy adulta" antes de cometer el desplante de una posible ofensa. El uso de "abuela" como sinónimo de "mujer mayor", independientemente de su situación familiar, revela el mandato de maternidad que crea una

equivalencia en el imaginario cultural entre "mujer" y "progenitora". El diminutivo, "abuelita", minimiza, a la vez, su subjetividad y su asumida maternidad. Si hay una reticencia a hablar de la vejez femenina sin eufemismos, las mujeres adultas se infantilizan, además, cuando se refiere a ellas como "niñas".

Es así que el lenguaje expresa los diferentes significados y expectativas que la cultura asigna a las diferentes edades (infancia, adolescencia, mayoría de edad, madurez, vejez). Las normas culturales imponen ciertas expectativas de la presentación y comportamiento de las personas pertenecientes a las diferentes franjas etarias. Sobra decir que estas expectativas están condicionadas por el género. Susan Sontag nos recuerda que existe un doble estándar en la percepción de la intersección de la vejez con la feminidad, cuando observa cómo las mujeres son más severamente juzgadas que los hombres en la vejez³. Las cualidades históricamente idealizadas en la masculinidad –competencia, sabiduría, poder– se perciben como aumentadas con el paso del tiempo, mientras las cualidades históricamente idealizadas en la feminidad –belleza, amabilidad, pasividad– se perciben como disminuidas. Si Fernando González pudo adoptar el título de "Pensamientos de un viejo"⁴ en un texto publicado a la edad de veintiún años, es porque pudo contar con la sabiduría y la acumulación de conocimiento históricamente asociadas a la vejez masculina. Sería una mujer atrevida que adoptara el mismo título en

femenino, o para exponer sus reflexiones en la vejez, o para apropiarse en la juventud de las cualidades asociadas a la vejez femenina. Sería un título necesariamente provocador o contestatario.

Si durante el siglo XX el pensamiento feminista en los estudios literarios, filosóficos, culturales y sociológicos se dedicó a repensar el lugar y el papel de las mujeres y las niñas en la sociedad, quedó corto a la hora de pensar las múltiples expresiones de feminidad que existen, incluida la feminidad en todas las etapas de la vida. Por esta razón, Toni Calasanti, Kathleen Slevin y Neal King proponen como nueva frontera del feminismo en el siglo XXI la reflexión de la vejez femenina y la revalorización del lugar y el papel en la sociedad de las mujeres en la tercera y cuarta edad⁵. Y nos conviene. De todos los factores identitarios susceptibles a la discriminación (raza, clase social, género, sexualidad, habilidad, etc.), la vejez tiene la particularidad de ser una experiencia por la que pasaremos todas y todos, si no lo impide un evento de fuerza mayor. Como individuos y también como sociedad tenemos interés en replantear nuestra percepción de la vejez, y de la vejez femenina en particular, para cuestionar sus estereotipos y reconocer la subjetividad íntegra y autónoma de las personas de todos los géneros y de todas las edades: con el fin de lograr una sociedad más inclusiva, así como también para evitar ser agentes de nuestra propia denigración.

Escritoras en el siglo XXI han respondido –¿o anticipado?– al llamado a repensar la vejez femenina, desafiando una tradición literaria que se ha apoyado en representaciones caricaturescas de sus personajes femeninos de avanzada edad. Con la feminización de la literatura a través de los siglos, y a medida que las mujeres se han encargado de su propia representación, las caricaturas de las abuelitas bondadosas pero pasivas, de las tías locas objeto de burla, de las brujas malvadas además de crueles, y de las solteronas amargadas y vengativas han dejado paso a expresiones más sofisticadas de las experiencias y subjetividades de las mujeres de edad avanzada, tanto en textos autobiográficos como ficcionales.

La autora francesa, Annie Ernaux, recuerda en su texto autobiográfico, *Los años* [*Les années*], la dificultad que tuvo cuando joven para imaginar su propia vejez: "Sin duda era imposible de imaginarse cuarenta años después como mujer mayor" (78)⁶. En este texto autobiográfico y panorámico no solo describe la internalización de un discurso cultural que concibe la vejez femenina en términos de degradación física y mental, sino que también rompe uno de los más arraigados tabúes culturales sobre la vejez femenina –el de la sexualidad– cuando compara la persistencia del deseo con la de la memoria a lo largo de la vida: "Como el deseo sexual, la memoria no se detiene nunca" (15)⁷.

Mientras Annie Ernaux contempla su propio envejecimiento en *Los años*, la autora argentina, Claudia Piñeiro, propone una reflexión sobre la vejez femenina a través de un personaje ficticio en la novela *Elena sabe*⁸. La protagonista epónima de esta novela, Elena, de sesenta y tres años, es envejecida socialmente por la enfermedad de la que padece y la mirada social que recae sobre ella. La narración en primera persona focaliza la perspectiva de Elena, así permitiéndole reapropiarse la mirada social (exterior) para encargarse de su propia representación (desde el interior de su propia experiencia). Al mismo tiempo, comunica la brecha entre la manera en que ella se percibe y en que la perciben las personas de su entorno, como lo demuestran sus miradas, gestos y palabras: cuando un hombre le pregunta en la estación de tren si "¿necesita que la ayude, abuela?", ella rechaza su lectura social con la réplica "abuela, un carajo" (78). Mientras Elena siente una desconexión con su cuerpo, traicionado por los síntomas de la enfermedad de Parkinson, personas en su entorno perciben una equivalencia total entre su persona y su cuerpo: para ellos, Elena es el cuerpo femenino, envejecido y enfermo que ven.

A diferencia de Claudia Piñeiro, que concentra su novela en una protagonista femenina de sesenta y tres años, Nancy Huston, escritora canadiense radicada en Francia, ha focalizado personajes

⁵ Calasanti, Toni, Kathleen Slevin y Neal King, "Ageism and Feminism: From 'et cetera' to Center", *NWSA Journal*, 18.1 (2006): 13-30.

⁶ Annie Ernaux, *Los años*, trad. Lydia Vásquez Jiménez (Madrid: Cabaret Voltaire, 2019 [2008]). En corchetes aparece la fecha de publicación original. "Sans doute était-il impossible de s'imaginer quarante ans plus tard en femme âgée" (78). Traducción propia.

⁷ "comme le désir sexuel, la mémoire ne s'arrête jamais" (15) Traducción propia.

⁸ Claudia Piñeiro, *Elena sabe* (Buenos Aires: Alfaguara, 2007).

⁹ Nancy Huston, *Prodige* (Arles: Actes Sud; Montreal: Leméac, 1999).

¹⁰ Nancy Huston, *Dolce agonía* (Arles: Actes Sud; Montreal: Leméac, 2001).

¹¹ Nancy Huston, *Lignes de faille* (Arles: Actes Sud; Montreal: Leméac, 2006).

¹² Nancy Huston, *Passions d'Annie Leclerc* (Arles: Actes Sud; Montreal: Leméac, 2007).

¹³ Olga Tokarczuk, *Sobre los huesos de los muertos*, trad. Abel Murcia (México: Océano, 2015 [2009]).

femeninos de edad avanzada a lo largo de su obra, como visto en las novelas *Prodigio* [*Prodige*]⁹, *Dolce agonía* [*Dolce agonía*]¹⁰ y *Líneas de falla* [*Lignes de faille*]¹¹. A través de una carrera literaria que abarca cinco décadas, esta autora ha incorporado las variadas experiencias de la feminidad sin obviar las del envejecimiento. La presencia de este tema en su obra desde sus primeras publicaciones la distingue de sus contemporáneas, quienes han vuelto la mirada hacia la vejez, más frecuentemente, en el momento de entrar, ellas mismas, en esta etapa de la vida. Tanto en sus escritos personales y ensayísticos –como *Pasiones de Annie Leclerc* [*Passions d'Annie Leclerc*]¹²– como en sus publicaciones ficcionales, novelísticas, Nancy Huston presenta mujeres de cincuenta, sesenta, setenta y ochenta años en papeles protagónicos –como músicas, investigadoras, escritoras e intelectuales, además de como parejas, madres, abuelas, hijas, hermanas y amigas– que no se definen (únicamente) en relación con sus vínculos sexuales y familiares con otras personas.

Una de las representaciones más radicales de la vejez femenina en la literatura contemporánea se encuentra en la novela *Sobre los huesos de los muertos*¹³ de la autora polaca, Olga Tokarczuk. El tono de ironía adoptado en la narración en primera persona por la protagonista, Janina Duszejko, además de expresar su singular caracterización, desafía muchos de los estereotipos sobre las capacidades mentales y físicas de una mujer de setenta y seis años. La columna vertebral de esta novela “antidetectivesca” –género que comparte con *Elena sabe*– se construye con base a los prejuicios sobre la vejez femenina, y su desenlace (que no revelaremos aquí) será más o menos sorprendente según la medida en que sus lectores se subscriben a ellos.

Estas son solo algunas de las autoras de la literatura contemporánea que están reivindicando en sus escritos el reconocimiento de las subjetividades complejas, multifacéticas y autónomas de las mujeres de todas las edades. Importa la manera en que nos pensamos y nos representamos, como individuos y como sociedad. Si hemos hecho grandes avances para construir sociedades más inclusivas de todas sus diversidades –raciales, culturales, sexuales–, queda por asegurar la inclusión de personas de todas las edades, y de las mujeres en particular. Serán las viejas las que tendrán la última palabra. ■



Karen Lamassonne @karenlamassonne
La Comoda / 1976. acuarela sobre papel, 76 x 56 cm